

# La condición indígena en México<sup>1</sup>

PIERRE BEAUCAGE

Como la inmensa mayoría de los actuales autóctonos de América Latina, los indígenas de México han estado sometidos a la dominación secular de otra sociedad: en un principio, la española y colonial; luego, la mestiza y nacional. Su cultura y organización social aún hoy día conservan una marca profunda. Si el colonialismo les permitió subsistir como grupo distinto después de la hecatombe del siglo XVI, el capitalismo nacional se ocupó de asimilarlos (Barre, 1982; GRAL, 1982).

Pero los autóctonos se han rehusado a desaparecer: en la actualidad su número se estima en unos 30 millones (Bonfil-Batalla, 1981a: 21) o sea alrededor de 10 por ciento del total de la población de América Latina. Demográficamente son mayoritarios en Guatemala y en Bolivia, pero socialmente en todas partes son minoritarios: dimensión esencial del *indigenismo impuesto* por la sociedad dominante. La condición indígena no se reduce a la condición campesina aun cuando la gran mayoría son agricultores y aunque sus reivindicaciones económicas se parezcan a las de los otros campesinos pobres de América Latina. El mestizo del campo, aparcero o jornalero agrícola, puede compartir numerosos “indicadores socioeconómicos” con sus vecinos quechuas o nahuas, pero él se considera (y es considerado) miembro de pleno derecho de la sociedad nacional, de la cual se excluye “con toda naturalidad” a los indígenas.<sup>2</sup>

Si la ideología corriente excluye lo autóctono, el discurso de las ciencias sociales ha procedido más bien por *reducción*: reducción teórica y metodológica, que no reconoce más que el criterio lingüístico (“son los campesinos que hablan un dialecto indígena”), reducción *social* que tiene múltiples indicadores, los cuales tienen un común ser todos negativos (“analfabetas”, “que no usan zapatos”...) es decir reducción *demográfica* cuando los investigadores aceptan las definiciones oficiales como la mexicana (la

<sup>1</sup> Los materiales que sirven de base a este artículo fueron recogidos durante estadias en México, en 1984 y 1986, gracias a una beca de trabajo libre y a una subvención de investigación del Conseil de la Recherche en Sciences humaines del Canadá.

<sup>2</sup> El autor cubano Alejo Carpentier, procedente de una sociedad que ya no tiene indígenas, fue afectado por esta exclusión “natural” de los autóctonos de la humanidad, que tiene lugar en el continente. “Sin que pusiera, de seguro, la menor malicia [...] dijo, con toda naturalidad: Éramos tres hombres y doce indígenas” (1969: 170).

población indígena no comprende más que “a los de cinco y más años, porque los demás no han tenido todavía el tiempo de aprender el dialecto” (!).

Como para los liberales del siglo XIX, para muchos de los pensadores y hombres políticos de hoy día, la construcción de una sociedad civil en América Latina, como contrapeso social e ideológico a la influencia extranjera y a la omnipresencia militar, tendrá que pasar por la desaparición de la diversidad étnica, estorbo entre tantos otros para un proyecto alternativo de sociedad.

Frente a esta concepción marginalizante trataremos de mostrar aquí el papel motor que puede desempeñar, en determinadas circunstancias, la pertenencia étnica, a la vez como diferencia sociocultural y como percepción de esta diferencia, para un tipo de desarrollo endógeno al que se podría llamar “etnodesarrollo” (Bonfil-Batalla *et al.*, 1982). Comprendida de esta manera, la cultura indígena aparece entonces “plena” y no en el vacío, donde la definición que los autóctonos tienen de ellos mismos y de sus relaciones con la sociedad global, ocupa el lugar central.

#### LOS INDÍGENAS EN LA HISTORIA

De manera general, se pueden discernir tres grandes fases en el desarrollo de las relaciones entre sociedades amerindias y población de origen europeo. La primera es aquella del primer contacto con los europeos: choque brutal que implicaba con frecuencia la desaparición pura y simple de los autóctonos; eso es lo que pasó, en forma masiva, a todo lo largo del litoral atlántico de América en los siglos XVI y XVII; en el interior de los terrenos, el proceso se prosiguió de manera continua hasta nuestros días, a medida que se van abriendo “nuevas fronteras a la civilización” (véase Ribeiro, 1979; Jaulin, 1970; *De l'ethnocide*, 1972). La misma situación prevalece todavía en diversos puntos del continente, a los dos lados de las fronteras norte y oeste de Brasil, donde se prosigue con una expansión salvaje en los frentes minero y agro-pastoril. El choque (epidemiológico, económico, cultural) no fue menor hace cuatro siglos para las civilizaciones andina y mesoamericana (aztecas, mayas, incas). La percepción indígena que corresponde a esta fase con frecuencia es apocalíptica: es, en un sentido literal, el fin del mundo (véase León Portilla, 1965; Wachtel, 1971).

#### LA CULTURA DE RESISTENCIA

La segunda fase, para los sobrevivientes, ha sido y es todavía en numerosos lugares, la elaboración de una “cultura de resistencia”; para persistir, la cultura debe transformarse, entre otras cosas, incorporando algunos elementos clave de la nueva cultura dominante (lo que Ribeiro, 1979:

55 ss, ha llamado la “transfiguración étnica”). El modo de vida tradicional puede encontrarse transformado por completo, como les ocurrió a los cazadores de la pradera norteamericana, o evolucionar de manera más continua, como en las comunidades agrícolas mesoamericanas, que pudieron conservar un cierto control de su medio ambiente y de sus relaciones internas.

La resistencia autóctona no se limita, pues, a los levantamientos armados que marcan la historia de América Latina: levantamientos de los cuales, sin embargo, no hay que minimizar la importancia y de los que la actualidad nos ofrece dos ejemplos contrastantes: el de los mayas de las altas tierras guatemaltecas y el de los misquitos de la costa nicaragüense. De manera más cotidiana y sostenida, la reproducción incesante de una barrera étnica, la definición de sí y de los otros, la organización comunitaria a la vez civil y religiosa, pueden ser vistos como otros tantos mecanismos destinados a preservar y a elaborar sin pausa una identidad distinta.

La construcción de esta cultura de resistencia no ha sido sin embargo un fenómeno armonioso conducente a una situación de equilibrio. Siempre ha implicado costos sociales elevados, en un contexto donde es el otro quien define los criterios de la verdadera humanidad. La sociedad colonial española obligaba a los indígenas a adoptar instituciones civiles y religiosas europeas que legitimaban las relaciones de dominación; ella permite la preservación de grandes postigos de culturas indígenas porque el mantenimiento de la diferencia era esencial a la buena marcha del Imperio. Pero sólo los indígenas estaban sujetos al tributo, a las prestaciones personales, el *repartimiento* (trabajo forzado en las minas y sobre los grandes dominios). La nueva cultura indígena fue entonces a la vez el producto de la imposición del grupo dominante y de la selección-reinterpretación del grupo dominado.<sup>3</sup>

Con los movimientos de independencia y el advenimiento de la ideología liberal, los nuevos dirigentes, al abandonar un sistema de dominación en la falsificación, emprenden activamente la asimilación de los autóctonos: condiciones indispensables al progreso, definido según el modelo estadounidense. Es entonces cuando el conjunto de instituciones indígenas, precolombinas y coloniales aparecieron como tantos otros elementos de resistencia. Pero allí todavía, si las comunidades indígenas resistieron a la ola de asimilación, fue al precio de nuevas adaptaciones: el salario, el bilingüismo, la escolarización.

Es esta cultura de resistencia la que han encontrado y descrito, sin nombrarla, los etnólogos. Salvo raras excepciones, donde la investigación tiene lugar sobre la última “frontera cultural” sudamericana, nuestros estudios se han dirigido hacia los autóctonos-transformados-en-indígenas, es decir, implicados en largos procesos históricos de imposición y de aceptación-rechazo.

<sup>3</sup> La camisa y el calzón largo de algodón blanco que son de origen español pero hoy día sirven a los indígenas para distinguirse de los mestizos.

## EL IMPACTO DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS INDÍGENAS

Justo cuando se anunciaba su desaparición como grupos distintos, los indígenas, cada vez más numerosos, comenzaron a hacerse oír en diversos puntos del continente. Al principio, el movimiento parece a tal punto aberrante a los investigadores y a otros grupos políticos tradicionales que se le califica de mistificación. Sobre todo porque los portavoces del indigenismo son con frecuencia personas "ya aculturadas", quienes según la expresión de Labrousse, "asumen una pertenencia étnica que hasta ese momento se esforzaban por disimular" (1985: 24). Además, esta nueva forma de pertenencia implica un *trabajo* sobre la cultura tradicional: revalorización, o sea reaprendizaje de la lengua autóctona y de las prácticas rituales o económicas, redefinición de solidaridades comunitarias en un espacio ampliado. Se crean estructuras nuevas, locales, regionales, es decir, nacionales (tales como el Consejo Nacional de Pueblos Indígenas de México, ECUARUNARI en Ecuador) e internacionales (Consejo Indígena de América del Sur, Consejo Mundial de Pueblos Autóctonos).

La amplitud del movimiento obliga bien pronto a los escépticos a revisar sus posiciones. Inicialmente, en forma más visible, en América del Norte, después aparece de manera independiente en los Andes al comienzo de los años setenta, luego en América Central, en Colombia y en Brasil. Los diversos componentes de este movimiento están, por cierto, profundamente marcados por contextos nacionales bien diversos donde éstos surgen. El MTKA (Movimiento Indígena Tupaj Katari) de Bolivia afirma su independencia de todo partido no indígena y se rebela contra la legitimidad del Estado "nacional" boliviano: El CNPI de México apoya en sus grandes líneas a la política del gobierno (por otra parte está afiliado al partido oficialista) pero critica fuertemente determinados aspectos de la política agraria, en tanto que los indígenas mayas de Guatemala se reagrupan con los militantes *ladinos* en las organizaciones político-militares como el Ejército de Guerrillas de los Pobres (EGP) y la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA), de orientación marxista.

Aunque la importancia alcanzada por los diversos movimientos obliga desde ahora a los investigadores a descartar la hipótesis fácil de una simple manipulación de los autóctonos por algunos líderes "desindigenados" por razones de oportunismo político, todavía se está lejos de un consenso en cuanto al porvenir de tal proceso en las diversas situaciones nacionales. Por una parte, un buen número de investigadores culturalistas, indigenistas y marxistas han conservado, matizándola un poco, su posición de base, concerniente a la extinción inevitable de los indígenas en América Latina.

Sin embargo, los investigadores reconocen cada vez más que existe un gran número de sociedades y de culturas indígenas históricas, es decir, que han sobrevivido transformándose. La etnicidad indígena actual posee su propia dinámica, con sus mecanismos de articulación, pero posee también cierres ante la sociedad dominante.

Pero, lo que caracteriza al periodo actual es que los movimientos autóctonos se rehúsan a situarse en el interior de un dilema estatismo imposible/ desarrollo asimilador. Lo que se reivindica es el *etno*-desarrollo, a saber: “(la) ampliación y (la) consolidación de los espacios de cultura propia, mediante el reforzamiento de la capacidad autónoma de decisión de una sociedad culturalmente diferenciada para guiar su propio desarrollo y el ejercicio de la autodeterminación.” (*Declaración de San José*, en Bonfil-Batalla, 1982: 24).

Si el grupo se define por su cultura, ésta ya no se restringe a un “contenido tradicional” cualquiera, como lo querían los culturalistas y una cierta tendencia etnicista. El aspecto principal es más bien eso que se llama el “control cultural”, es decir, la “capacidad social de decisión sobre los recursos culturales”, sean éstos materiales o simbólicos (*ibid*: 134-135). Y la pertenencia de un individuo a una colectividad tal parece desde ahora una realidad autónoma, irreductible ante su sola posición dentro de las relaciones de clase. En consecuencia, mientras que las luchas indígenas sean consideradas fenómenos marginales, hasta retrógrados, o reducidas a la sola lucha de clases, de ahora en adelante están recolocadas en un proceso secular de adaptación-resistencia, que posee dimensiones económicas (reivindicaciones agrarias y territoriales), lo mismo que políticas (de la autodeterminación a la autogestión) y culturales (comunicaciones y escolarización en lengua autóctona, etcétera).

El porvenir de estos nuevos movimientos indígenas no sólo se apoya sobre la sinceridad de los dirigentes y el entusiasmo de la base; depende también de un cierto número de factores materiales: demografía, economía, escolarización, bilingüismo, etcétera.

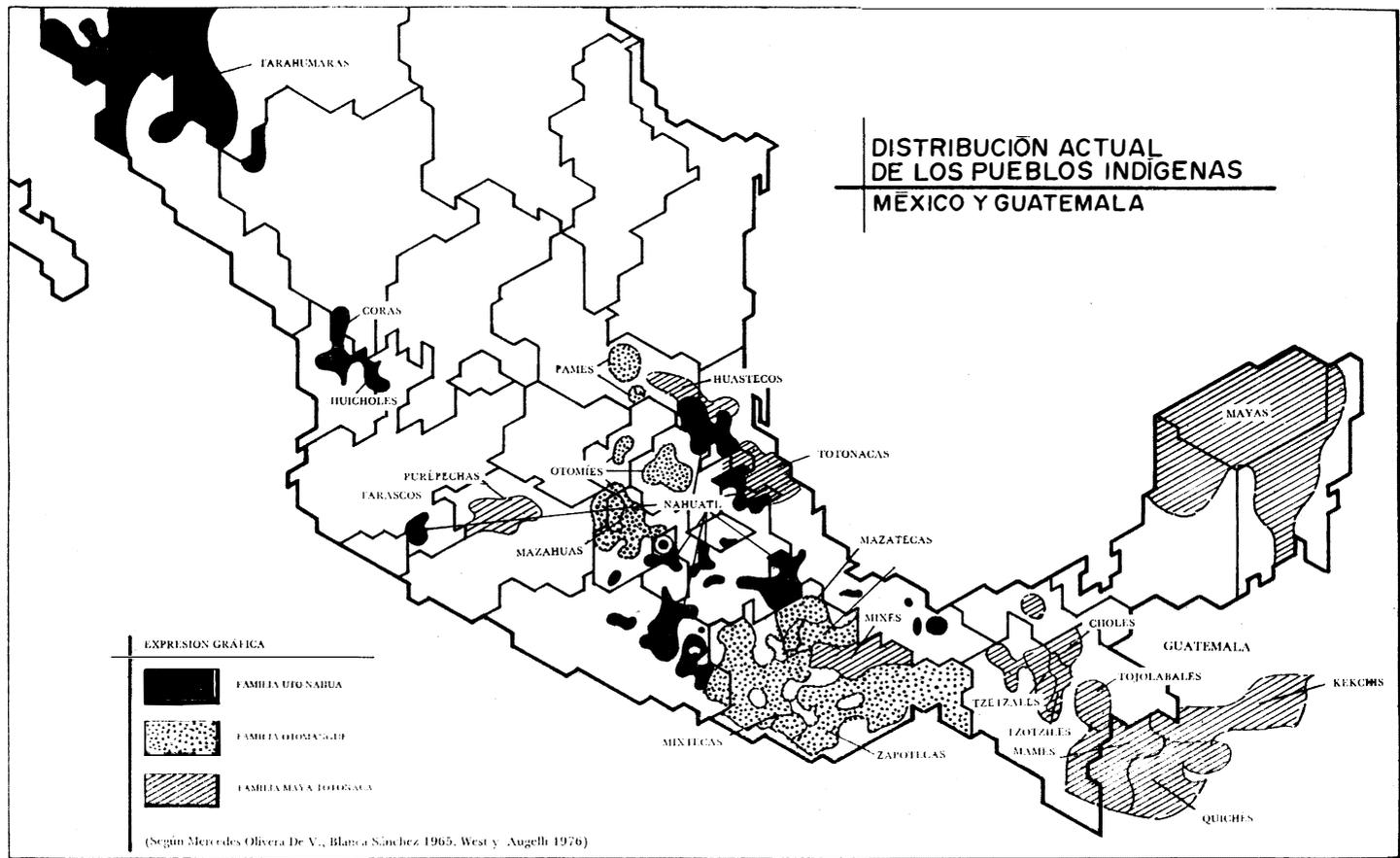
Para evaluar estos factores, hemos seleccionado el caso de México. En el plano de la cuestión indígena, este país ocupa en América Latina una posición intermedia: los indígenas no representan una mayoría como en Bolivia y Guatemala ni una proporción mínima de la población como en Brasil o en Colombia.

#### EL HECHO INDÍGENA EN MÉXICO: LA DIMENSIÓN TERRITORIAL

Lo que más sorprende cuando se examina la distribución territorial de la población autóctona de México es la heterogeneidad. Heterogeneidad étnica, porque se encuentran cerca de unos cuarenta grupos distintos que son, a su vez, fragmentación geográfica de muchos grupos (como los nahuas, que ocupan territorios diferentes que a veces están separados por centenas de kilómetros); separación, en fin, entre el norte esencialmente mestizo y el sur y el sureste, donde está centrada la población autóctona (véase el mapa).

El análisis de las estadísticas étnicas confirma la diversidad de situaciones en cada estado (véase el cuadro 1). Esto pone en evidencia igual-

DISTRIBUCIÓN ACTUAL  
DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS  
MÉXICO Y GUATEMALA



## CUADRO 1

DISTRIBUCIÓN DE LA POBLACIÓN INDÍGENA  
EN EL TERRITORIO MEXICANO (1950-1980)

	<i>Población indígena (1950)</i>	<i>% de la población total</i>	<i>Población indígena (1980)</i>	<i>% de la población total</i>	<i>Diferencia 1980-1950</i>
<i>Estados del norte y del centro **</i>					
Chihuahua	26 102	3.1	79 654	4.0	53 457
Hidalgo	208 871	25.2	353 387	22.8	144 716
Jalisco	6 166	—	75 302	1.7	69 136
México	212 850	15.6	419 072	5.5	206 222
Michoacán	59 620	4.3	131 743	4.6	72 123
Puebla	345 919	21.6	567 584	17.0	221 665
San Luis Potosí	103 600	12.4	224 705	13.4	121 105
Sonora	29 137	5.8	71 092	4.7	41 955
Tlaxcala	25 827	9.2	45 093	8.1	19 264
Veracruz	293 906	14.7	737 451	13.6	443 545
<i>Estados del sur y del sureste</i>					
Oaxaca	682 387	48.4	1 036 102	43.7	353 715
Guerrero	144 992	16.0	319 100	15.1	174 108
Campeche	38 158	31.9	86 639	21.3	51 481
Chiapas	230 334	26.2	572 907	27.5	342 573
Tabasco	28 472	8.1	65 718	6.2	37 246
Quintana Roo	11 162	43.7	96 013	42.5	84 851
Yucatán	324 860	63.8	569 718	53.6	244 858
TOTAL *	2 896 406	11.2	6 024 463	9.0	3 128 057

\* Cifras establecidas a partir del Censo de 1950 citadas por Mariano Flores, 1967: 223 y del Xmo Censo General de Población y Vivienda, 1980 (Secretaría de Programación y Presupuesto, 1984), corregidas para incluir a los de cinco años y menos.

\*\* No hemos incluido aquí más que los Estados que en 1980 tenían más de 50 000 autóctonos.

mente una dinámica étnica bastante similar en los diversos puntos del territorio. En la mayor parte de las regiones se vuelve a encontrar casi la misma tendencia general: la población indígena tiene un crecimiento rápido en números absolutos desde hace 30 años, pero declina un poco en proporción al conjunto (bajó de 11 a 9 por ciento a nivel nacional). En una sola región se advierte durante este periodo una reducción dramática de la proporción de indígenas; se trata del Estado de México, que sufre el golpe de la expansión de la capital. En el intervalo, éste pasa de tres a veinte millones de habitantes. No hay más que otros dos estados, Yucatán y Campeche, donde la caída sea tan importante, de más de diez puntos.

Los estados del norte y del centro son de medianas inferiores a 10 por ciento, que es la media nacional, con excepción de las del centro-oeste (Hidalgo, Puebla, San Luis Potosí y Veracruz), que corresponde a la "zona de refugio" de la Sierra Madre Oriental. Por el contrario, el estado de Oaxaca cuenta él solo con más de un millón de autóctonos (44% de su población total) en tanto que los otros cuatro estados del sureste encierran cerca de un millón y medio de indígenas (o sea entre 21 y 54% de sus respectivas poblaciones).

Se puede deducir de lo que antecede que en México, como en los demás países latinoamericanos de fuerte población indígena, esta última constituye hoy día un segmento estable de la sociedad global: en términos absolutos, las etnias indígenas están en plena expansión no obstante las deserciones constantes ligadas al éxodo rural. Pero parece también claro que no se puede establecer un diagnóstico preciso del hecho indígena en México sin examinar las diversas situaciones regionales.

#### LA DEMOGRAFÍA DE LOS GRUPOS ÉTNICOS

Adoptaré aquí la clasificación de Varese (1982) quien distingue tres grandes tipos de sociedades indígenas en América Latina: las *macro-etnias*, cuyos miembros se cuentan por centenas de miles, es decir por millones; las *etnias-intermedias*, que agrupan decenas de millares de individuos, y las *micro-etnias*, cada una con algunas centenas o algunos millares de miembros.

#### LAS MACRO-ETNIAS

Más del 80% de unos 30 millones de indígenas con que cuenta en la actualidad América Latina pertenecen a algunas macro-etnias de los Andes (quechuas, aymará) y de Mesoamérica (mayas, nahuas, mixtecos y zapotecos...). Hay una paradoja evidente en el hecho de que estos grupos están situados en las zonas donde la colonización europea es la más antigua (siglo XVI) y se han reconstituido en el plano demográfico y cultural

bajo cuatro siglos de dominación: aquí es donde la expresión "cultura de resistencia" cobra todo su sentido.

Por su parte, México contaba en 1980 con 6 024 500 indígenas, si se toma en cuenta el factor lingüístico. Más de cinco millones de entre ellos pertenecen a una quincena de macro-etnias que provienen de tres grandes familias: náhuatl y oto-mangue en el centro y en el sur, mayas en el sureste. El cuadro 2 ilustra la dinámica demográfica de estos diversos grupos.

La tendencia al crecimiento que mencionamos es válida para cada una de las etnias del censo, aun para las más pequeñas: ninguna tiene menos miembros en 1980 que en 1950. Algunos crecimientos son tales, por lo demás, que implican que ha tenido lugar una redefinición de la pertenencia. Así, los tzeltales de Chiapas en treinta años pasan de 48 000 a 215 000, lo que parece difícilmente atribuible a la sola natalidad. Por falta de investigaciones más profundas, yo sugiero dos hipótesis, no exclusivas, desde luego: *a*) un número creciente de autóctonos "confesaron" su identidad verdadera a los encuestadores del censo y *b*) estos últimos que son con frecuencia indígenas escolarizados, ya no tienen vergüenza de indicar el número real de indígenas de su comunidad. En uno u otro caso ello indicaría el comienzo de un proceso de revalorización de la pertenencia indígena a los ojos de los propios autóctonos. En el estado actual de la investigación, es prácticamente imposible separar la parte de los factores naturales (natalidad, mortalidad, migraciones) de los factores culturales en la interpretación de las estadísticas étnicas tanto en México como en otros lugares de América Latina. Se puede afirmar, sin embargo, que para los tres grupos que ponen de manifiesto el crecimiento más elevado (tzeltales, cholos y purépechas) por cierto tuvo lugar una redefinición de la pertenencia étnica, puesto que las cifras sobrepasan el máximo posible aun en la hipótesis extrema de un 3% de crecimiento anual (142% en 30 años).

Por lo demás, la región sur, donde el crecimiento global parece menor, corresponde en lo esencial al estado de Oaxaca, donde la proporción de indígenas es tradicionalmente la más elevada (véase el cuadro 1). Creo que se requiere ver el resultado de una tasa de emigración mucho más elevada que en otras partes, por ser Oaxaca uno de los estados más pobres de la República. La aculturación puede desempeñar el mismo papel para algunas etnias del centro del país.

De una manera general estimo que se puede desechar la hipótesis de una exageración del número de indígenas en el censo de 1980: en el contexto actual, ni el individuo ni la comunidad tienen beneficio material o político por la afirmación de indianidad.

Globalmente, pues, las macro-etnias autóctonas, con cinco millones de miembros y efectivos que se duplican en treinta años, no presentan signos de debilitamiento, aun si se observa que algunas de ellas están sometidas a presiones económicas y culturales muy fuertes. Subrayemos que su proporción se mantiene exacta, durante estos treinta años, con relación a la población no indígena que también tiene explosión demográfica.

## CUADRO 2

## EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE LAS GRANDES ETNIAS INDÍGENAS DE MÉXICO (1950-1980) \*

	<i>Población en 1950</i>	<i>Población en 1980</i>	<i>Crecimiento (valor absoluto)</i>	<i>Crecimiento (porcentaje de 1950)</i>
<i>Etnias del centro **</i>				
Huastecas	77 495	120 684	43 189	55.7
Mazahuas	97 585	225 727	128 142	131.3
Nahuas	745 737	1 601 150	855 413	114.7
Pames-otomíes	215 879	362 603	146 724	68.0
Purépechas (tarascos)	51 281	137 923	86 642	169.0
Totonacas	124 065	227 910	103 845	83.7
<i>Etnias del sur</i>				
Chinantecos	41 458	89 636	48 178	116.2
Mazatecos	90 151	144 391	54 240	60.2
Mixes	53 606	86 143	32 537	60.7
Mixtecos	215 663	375 741	160 078	74.2
Zapotecos	263 950	491 787	227 837	86.3
<i>Etnias del sureste</i>				
Cholos	36 208	113 693	77 485	214.0
Mayas (de Yucatán)	381 682	773 694	392 012	102.7
Tzeltales	51 138	250 169	199 031	389.2
Tzotziles	87 008	155 103	68 095	78.3
Total macro-etnias	2 532 906	5 156 354	2 623 448	103.6
Total indígenas	2 896 406	6 024 263	3 127 857	108.0
% de macro-etnias	87.4	65.6	83.9	

\* La misma del cuadro 1.

\*\* Hemos definido como "macro-etnias" a aquellas que en 1980 tenían por lo menos 75 000 miembros.

## CUADRO 3

## EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA DE LAS MICRO-ETNIAS Y DE LAS ETNIAS INTERMEDIAS DE MÉXICO (1950-1980) \*

	<i>Población en 1950</i>	<i>Población en 1980</i>	<i>Crecimiento (valor absoluto)</i>	<i>Crecimiento (porcentaje de 1950)</i>
<i>Etnias del centro, del oeste y del norte</i>				
Coras	3 625	14 198	10 573	291.7
Huicholes	4 001	60 146	56 145	1 403.5
Kikapús	580	n.d.	n.d.	n.d.
Mayos	36 021	65 409	29 388	81.6
Popolucas (de Veracruz)	19 909	27 564	7 655	38.4
Tarahumaras	21 368	72 406	51 038	238.9
Tepehuas	n.d.	9 845	n.d.	n.d.
Tepehuanos	5 425	20 650	15 225	280.6
Pápagos	n.d.	274	n.d.	n.d.
Pimas	n.d.	641	n.d.	n.d.
Seris	n.d.	564	n.d.	n.d.
Yaquis	3 062	10 767	7 704	251.5
Yumas	n.d.	706	n.d.	n.d.
<i>Etnias del sur</i>				
Amuzgos	14 878	21 644	6 766	45.5
Chatinos	15 597	23 830	8 283	53.1
Chochos	n.d.	14 280	n.d.	n.d.
Chontales (de Oaxaca)	n.d.	9 380	n.d.	n.d.
Cuicatecos	n.d.	16 420	n.d.	n.d.
Tlapanecos	21 041	63 877	42 836	203.5
Triquis	n.d.	9 553	n.d.	n.d.
<i>Etnias del sureste</i>				
Chontales (de Tabasco)	28 655	33 580	4 925	17.2
Huaves	n.d.	11 567	n.d.	n.d.
Tojolabales	n.d.	25 904	n.d.	n.d.
Zoques	20 907	35 954	15 047	72.0

\* Véase notas del cuadro 2.

## LAS ETNIAS INTERMEDIAS Y LAS MICRO-ETNIAS

De los quince grandes grupos indígenas que ocupan el lugar más extenso en México, más de medio millón de entre ellos pertenecen a grupos que en 1980 contaban con menos de 75 000 miembros (siempre sobre la base del idioma hablado). Su situación es mucho más diversificada que la de las macro-etnias (véase el cuadro 3).

En primer lugar, cinco de entre ellos, los kikapúes, pápagos, pimas, seris y yumas cuentan con menos de mil miembros. La supervivencia de su identidad indígena es extremadamente precaria, puesto que no representan más que algunas aldeas sumergidas en un mar hispanófono en la parte norte del país. La ausencia de territorios indígenas bien delimitados (noción desconocida en México) no hace más que aumentar la presión que pesa sobre ellos por parte de los agricultores y ganaderos mestizos de las regiones vecinas. Otras dos etnias del noroeste, los yaquis y los tepehuas, viven en situaciones análogas, si bien sus efectivos son de 3 000 a 5 000 miembros.

Los tarahumaras y los mayos, en el noroeste, son los únicos con poblaciones de 72 000 y 65 000 individuos respectivamente, que parecen poseer a la vez la base demográfica y la concentración geográfica para poder afrontar, mal que bien, la intensificación de los contactos de toda clase que hoy día caracterizan a la sociedad mexicana. Tal es igualmente la situación de la mayoría de las etnias intermedias del centro y del oeste. Por empezar se observa, pero en una escala todavía mayor, el fenómeno de la redefinición de la indianidad, que se traduce por el inflamiento de la mayor parte de los grupos del oeste y del norte, hasta el punto de convertir en inútil toda tentativa de proyección demográfica. En el mismo sentido, once etnias "invisibles" en 1950 aparecieron después, mientras que los kikapúes, posiblemente a causa de su ciudadanía incierta, desaparecieron.<sup>4</sup>

Las cifras más confiables, las de 1980, nos muestran la existencia de 19 etnias intermedias, que cuentan entre 10 000 y 60 000 miembros, los cuales por lo general habitan un territorio de un único poseedor. A diferencia de las micro-etnias, estos grupos parecen haber traspasado el umbral crítico por lo que hace a la perpetuación lingüística y cultural.

Se puede notar, sin embargo, una diferencia importante entre los del sur y sureste, por una parte, y los del centro y del oeste de los del norte del país, por otra parte. Estos últimos están circundados por una población mestiza mucho más numerosa, constituida en parte por la aculturación de comunidades en la periferia del territorio autóctono. En estas condiciones, aun una fuerte tasa de natalidad podría compensar por sí misma

<sup>4</sup> Los kikapúes, de origen algonquinense emigraron al norte de México a partir de Estados Unidos durante el periodo del genocidio indígena que marca el fin del siglo xix. Actualmente están negociando la doble nacionalidad.

la pérdida de efectivos que implican la emigración y la aculturación de estas etnias.

La situación es en general diferente en el sur y en el sureste. Aun cuando su número no es tan elevado como en las anteriores, las etnias intermedias de Oaxaca y de Chiapas están cercanas a otros grupos autóctonos. Pero las presiones aculturadoras entre grupos indígenas son muy débiles en comparación con las que ejerce la cultura dominante. Aquí se puede empero considerar que las condiciones geográficas y culturales ofrecen a las etnias intermedias un margen de maniobra relativo, que descarta toda amenaza de desaparición a corto plazo.

#### LA DINÁMICA ACTUAL DE LAS CULTURAS AUTÓCTONAS

Sería en extremo azaroso arriesgar un diagnóstico global de la evolución de las culturas autóctonas de México, si se tiene en cuenta la diversidad de situaciones que acabamos de mencionar. Sin embargo se puede afirmar, sin riesgo de error, que la tendencia global de la sociedad mexicana va en dirección de una intensificación rápida de los contactos de todo orden entre sus diversos componentes: la economía monetaria ha penetrado en los macizos montañosos, que tradicionalmente eran refugio de los pueblos indígenas, la escuela, la radio y algunas veces hasta la televisión constituyen una realidad cotidiana para un número creciente de autóctonos.

La tasa de bilingüismo de las diversas etnias nos puede proporcionar un índice interesante, aunque aproximado, de la intensidad de los contactos entre cada una de ellas y la sociedad nacional mexicana. Sin atribuir un valor fetichista a la lengua, en comparación con otros factores de la etnicidad, utilizaré el fenómeno del bilingüismo por su doble ventaja: representa la condensación de varios niveles de interacción (económica, cultural) y es, más que los otros, mensurable con una cierta confiabilidad.

El cuadro 4 revela una tendencia general al bilingüismo cada vez más favorecida, ya que la proporción media de unilingües pasó de 32 a 23% en treinta años. (Excluyo aquí los casos aberrantes, como los de los coras y los popolucas de Veracruz, donde una evaluación particularmente flagrante fue corregida en 1980). Esta tendencia común recubre sin embargo situaciones concretas bien diferentes.

En las regiones del centro y del norte, son en su mayor parte las micro-etnias las que poseen 10% o menos de indígenas unilingües: esto confirma nuestra hipótesis concerniente a la importancia de las presiones asimiladoras que pesan sobre ellas. De forma diferente a las micro-etnias de la selva sudamericana (Varese, 1975: 382 ss), las de Mesoamérica no pueden contar con vastas extensiones poco pobladas que sirven para atenuar el choque del mundo entero. En el México central, los contactos con quienes

## CUADRO 4

## EVOLUCIÓN DEL BILINGÜISMO EN LOS GRUPOS AUTÓCTONOS DE MÉXICO: PROPORCIÓN DE INDÍGENAS UNILINGÜES

<i>Macro-etnias</i>		<i>Micro-etnias y etnias intermedias</i>			
<i>Etnias del centro, del oeste y del norte</i>		<i>Etnias del centro, del oeste y del norte</i>			
	1950	1980	1950	1980	
Huastecos	25.9	17.3	Coras	7.3	27.0
Mazahuas	19.3	9.3	Huicholes	30.0	14.3
Nahuas	33.2	21.0	Kikapúes	26.4	n.d.
Pames-otomíes	31.0	15.4	Mayos	8.1	6.5
Purépechas	18.5	13.4	Popolocas		
Totonacas	50.9	29.9	(de Veracruz)	9.1	15.1
			Tarahumaras	44.3	22.0
			Tepehuas	n.d.	16.4
			Tepehuanos	33.8	14.1
			Pápagos	n.d.	7.6
			Pimas	n.d.	2.5
			Seris	n.d.	10.9
			Yaquis	7.5	14.0
			Yumas	n.d.	6.0
<i>Etnias del sur</i>		<i>Etnias del sur</i>			
Chiantecos	44.0	24.4	Amuzgos	45.5	49.9
Mazatecos	60.8	38.5	Chatinos	61.0	35.8
Mixes	45.6	32.7	Chochos	n.d.	10.1
Mixtecos	41.5	29.2	Chontales (Oaxaca)	n.d.	6.3
Zapotecos	26.7	15.8	Cuicatecos	n.d.	14.5
			Tlapanecos	n.d.	67.4
			Triquis	n.d.	43.8
<i>Etnias del sureste</i>		<i>Etnias del sureste</i>			
Cholos	60.7	39.4	Chontales (Tabasco)	6.2	8.8
Mayas	15.6	13.5	Huaves	n.d.	23.7
Tzeltales	70.0	47.0	Tojolabales	n.d.	30.5
Tzotziles	58.9	43.5	Zoques	26.7	16.4

FUENTES: Marino-Flores (1967: 22) y X Censo General de Población y Vivienda, 1980 (Secretaría de Programación y Presupuesto, 1984).

no son indios son constantes y presentan un desafío inmediato a la supervivencia de los grupos.

Las etnias intermedias de la misma región poseen, en sí mismas, núcleos de unilingüismo que varían entre 14 y 27%. Esto significa que a pesar de una apertura muy grande hacia el exterior, se encuentran todavía sectores de la población (mujeres, personas ancianas) para quienes el medio lingüístico autóctono constituye todavía el único cuadro de referencia. La existencia de un núcleo como éste asume una gran importancia en la perspectiva de la revitalización de la cultura indígena, que actualmente se lleva a cabo en el seno de determinados grupos.

Es importante notar que, en el plano del bilingüismo, la situación de tres macro-etnias del centro (los mazahuas, los purépechas y los pamesotomíes) casi no es diferente de aquella de las etnias intermedias de la región. Una de las causas es, por cierto, la proximidad de los grandes centros urbanos mestizos, como la megalópolis de México, con sus veinticinco millones de habitantes; pero la fragmentación geográfica de las etnias desempeña igualmente un gran papel al multiplicar los frentes de contacto. Si los nahuas y los totonacas muestran todavía tasas importantes de unilingüismo, es en gran parte a causa de las poblaciones mucho más compactadas de la región oriental.

En la región del sur, las situaciones son mucho más diversificadas, pero se observan las mismas similitudes entre grupos intermedios y macro-etnias. Las hay algunas que poseen una fuerte apertura hacia el exterior (zapotecas, chontales, cholos) y otras más numerosas que parecen mucho más cerradas (mazatecos, mixes, amuzgos y chatinos). La tasa del unilingüismo indígena es allí mucho más elevada, en general, que en el centro, lo que se corresponde con la existencia de vastas zonas donde domina la cultura indígena (ya no solamente comunidades o grupos de ancianos).

En el sureste, en fin, volvemos a encontrar una gran homogeneidad cultural, en particular entre las macro-etnias, con tasas de unilingüismo que van más allá del 40% (tzeltales, tzotziles, cholos). La gran excepción la constituyen los mayas de Yucatán, donde reina desde hace ya mucho tiempo entre la población rural un bilingüismo generalizado, sin implicar, al parecer, una erosión marcada de la lengua indígena.

El examen de la dimensión lingüística sugiere que, en todos los grupos autóctonos, la mayoría de los indígenas están ya sometidos a un contacto prolongado con la lengua y —es de suponer— con aspectos importantes de la cultura dominante: en especial en los dominios de la economía, de la educación formal y de la administración. El fenómeno es ya antiguo y, sobre enormes porciones del territorio mesoamericano, ha implicado, con el curso de los siglos, la asimilación de cientos de millares de indígenas. (En realidad lo que se llama la "población mestiza" es el resultado mucho más de una asimilación de los autóctonos que de un mestizaje biológico). Tal resultado no es sin embargo inevitable: las etnias amerindias, sobre todo cuando están constituidas por decenas de millares de miembros que

ocupan territorios contiguos, parecen poder preservar y hasta desarrollar los sectores esenciales de su cultura, no obstante la proximidad de centros urbanos importantes (como los mazahuas, pames-otomíes y nahuas de la meseta central).

Esta "persistencia" no obstante, no debe hacernos olvidar que las macroetnias y aun las etnias intermedias son hoy día entidades esencialmente en sí mismas, de las cuales la mayoría de sus miembros no posee (o no todavía) conciencia de grupo más que el comunitario o regional. Por ejemplo, la etnia náhuatl, la más numerosa con un millón y medio de miembros, está dispersa geográficamente y sus diversos segmentos separados por vastas extensiones pobladas por individuos no indígenas (véase el mapa). Los miembros de sus diversos segmentos no tienen más que una idea extremadamente vaga de su importancia demográfica y de su extensión, idea formada al azar de los intercambios y de las migraciones. Por otra parte, los sentimientos de pertenencia de la inmensa mayoría de los autóctonos son todavía muy limitados, y no van más allá de una subregión. Por lo tanto, el horizonte real del universo étnico de los nahuas de la sierra norte de Puebla comprende alrededor de 300 000 indígenas, de los cuales, sus vecinos, 200 000 totonacas, tienen con ellos numerosas afinidades culturales. Ellos saben que su lengua se habla en el valle de Puebla, al sur "aunque se los comprende con dificultad", que hay "muchos, muchos indígenas" en Oaxaca y en Chiapas, pero no conocen ni las lenguas ni siquiera los nombres.

Aun para aquellos de los autóctonos que ocupan una región extensa, como Chiapas, Yucatán o Oaxaca, la etnia no constituye, desde la conquista, una entidad orgánica. Con la desaparición de las superestructuras políticas y religiosas precolombinas, el grupo ha quedado reducido a nivel de las comunidades, de las cuales cada una fue incorporada a los nuevos centros de poder. La comunidad, cuadro de la vida cotidiana antes de la llegada de los españoles, se encargó desde entonces de toda la organización propiamente indígena y de la pertenencia profunda del individuo; de ahí, pues, la abundancia de los particularismos lingüísticos y culturales. Así por ejemplo, entre los mayas de las altas tierras de Chiapas, cada municipio posee sus propias especialidades económicas y sus particularidades lingüísticas y de vestimenta.

Pero, como lo veremos ahora, la sociedad global dispone hoy día de medios mucho más numerosos y eficaces de penetración en las comunidades indígenas, desde la escolarización obligatoria en español hasta los medios de comunicación electrónicos. De esta suerte, las barreras tradicionales a la asimilación —el repliegue sobre la aldea "detrás de la colina"— representan ya obstáculos muy débiles frente a un Estado fuerte y centralizado que orquesta las diversas medidas de "integración nacional"... es decir, la desindigenización de los autóctonos.

## LA POLÍTICA DEL ESTADO MEXICANO Y LOS MOVIMIENTOS INDÍGENAS

El Estado surgido de la Revolución mexicana llevó a cabo una política "indigenista", es decir, un conjunto de medidas destinadas a resolver "el problema indígena". Esta "solución", elaborada con el correr de los años, lo fue en el sentido de la integración-asimilación de los autóctonos, única vía plenamente satisfactoria para un Estado capitalista moderno. Al Instituto Nacional Indigenista (INI), creado en 1948 y por cierto dependiente del Ministerio de Educación, se le confió una misión explícita y que no ha sido modificada, no obstante los cambios de vocabulario: "Nuestro problema indígena no es el de conservar indígena al indígena ni el de indigenizar a México, sino el de mexicanizar al indígena."<sup>5</sup>

Sin embargo, a diferencia de los sectores obrero y campesino, donde la llegada de una política nacional duplicó el tutelaje de las organizaciones populares, faltaba todavía un cuadro institucional específico de encuadramiento de los indígenas. La ocasión la proporcionó la ola de agitación que recorrió las regiones indígenas —como al conjunto del mundo rural mexicano— durante los años setenta. Al mismo tiempo que el Estado efectuaba reformas, favorecía la creación de la Confederación Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI) para representar a "todos los indígenas del país". Con ramificaciones en todas las regiones donde opera la agencia oficial (INI), éste debía ayudar a resolver "de manera legal y pacífica" los numerosos problemas a los cuales los autóctonos deben hacer frente. Éste ofrece al mismo tiempo una tribuna a la joven élite indígena surgida de los programas de *castellanización* (enseñanza del español) y de educación de los años sesenta y setenta, para quienes las condiciones de vida tradicional se hacían inaceptables. En fin, le confirió a México una imagen internacional progresista dándole un papel de líder en el reconocimiento de las reivindicaciones indígenas.

Si la organización ha hecho suyas varias de las reivindicaciones de las comunidades,<sup>6</sup> éstas han debido aceptar los límites rígidos que impone el modelo corporativo dominante, estando obligadas a afiliarse al PRI a través de la central campesina. Pero, aunque este modelo privilegie la negociación en la cumbre, está excluida la movilización de la base; además, la fragmentación administrativa impuesta en función de la distribución geográfica de las agencias del INI no permiten más que una unidad teórica entre los diversos grupos étnicos, y menos aún entre los diversos segmentos de una misma etnia. Así, en la sierra, la presencia de un *Centro Coordinador* del INI ha implicado el establecimiento de un Consejo Supremo

<sup>5</sup> Palabras del presidente Cárdenas en el Primer Congreso Indigenista Interamericano, realizado en Pátzcuaro en 1940 (citado por Warman *et al.*, 1970: 32).

<sup>6</sup> Véase, por ejemplo, la *Carta de Pátzcuaro* y el discurso de clausura del segundo y tercer Congreso de la CNPI (CNPI 1981a y 1981b); igualmente la declaración de la CNPI sobre la nueva ley de "desarrollo agrícola" (CNPI, 1981c).

náhuatl en Zacapoaxtla, o sea al margen del grueso de la población indígena; la acción de este "consejo" es prohibir la inclusión, por añadidura, de los totonacas, puesto que éstos dependen administrativamente del mismo *Centro Coordinador*. Inútil es decir que el CNPI en la actualidad no reúne más que determinados sectores escolarizados y que su existencia, como la de todos los "consejos supremos", es ignorada por la inmensa mayoría de los autóctonos. Gran parte de las veces, las reivindicaciones indígenas, si es que llegan a expresarse, deben recurrir a otros canales, como a organizaciones campesinas, partidos políticos, y aun a la Iglesia.

El éxito —relativo— de la vía "legal y pacífica" depende mucho del contexto político que reina en los diferentes estados de la República. En la región central, los autóctonos han logrado victorias en el plano de los servicios de salud y de educación, aprovisionamiento de alimentos de base (allí donde la producción es insuficiente) y de la organización social y económica. Por ejemplo, la *Tosépan Titataniské* ("Juntos venceremos") agrupa en la actualidad a más de 8 000 campesinos nahuas y totonacas del estado de Puebla quienes intervienen en el campo del aprovisionamiento, de la comercialización de productos agrícolas, de la salud, de la modernización de las técnicas de cultivo y aun en el de los trabajos públicos, en colaboración con diversos ministerios y organismos paraestatales.<sup>7</sup>

En los estados de Oaxaca y Chiapas, por el contrario, el monopolio del poder político, que hasta nuestros días ha ejercido la clase de los grandes propietarios de la tierra (latifundistas) y de los intermediarios comerciales (coyotes), ha bloqueado toda reforma en profundidad y, en consecuencia, las reivindicaciones sociales y agrarias desembocan por lo regular en enfrentamientos políticos. En Chiapas, los indígenas tzotziles, agrupados en una organización campesina independiente (la Confederación Nacional "Plan de Ayala"), deben defender con las armas en la mano sus tierras comunales, frente a asesinos a sueldo de grandes propietarios; además, quienes reclamaban un justo precio para su maíz han visto sus piquetes de huelga disueltos por el ejército y a sus líderes en prisión. En Oaxaca, la pequeña aldea zapoteca de Juchitán hace tres años que está ocupada por el ejército, después de que el gobernador relevara de sus funciones a la primera administración municipal surgida de un movimiento popular. En los dos estados, las organizaciones autóctonas, conscientes de que para ellas el aislamiento significaría el fin, investigan y obtienen apoyos del exterior; no recurren a la CNPI —pro-gubernamental— sino a grupos políticos progresistas y a las asociaciones de campesinos y obreros autónomos.

No obstante el contraste entre las dos situaciones, parece dibujarse una tendencia general en el movimiento indígena de los años ochenta; más que el estallido de la guerra étnica o de clases (que se ha podido detectar en América Central), en México la lucha parece orientarse hacia la ampliación de los espacios democráticos aparecidos no hace mucho.

<sup>7</sup> En la actualidad estoy trabajando en un estudio sobre el desarrollo de la *Tosépan Titataniské*, en su carácter de movimiento cooperativo indígena.

Por otra parte, la omnipresencia del Estado-partido hace que los movimientos de reivindicación, sean económicos, sociales o étnicos, desembocuen tarde o temprano en la arena política.

Hace apenas doce años desde que el "Primer Congreso Indígena" reunió en Chiapas a cuatro grupos mayas de las altas tierras<sup>8</sup> y es todavía muy pronto para que se perciba con claridad la trayectoria del movimiento indígena de México. La diversidad de situaciones concretas suscita por el momento estrategias muy dispares, según se las encuentre en un contexto regional relativamente democrático o en los "bastiones oligárquicos" del sur y del sureste. Además, ya hemos visto que el Estado, anticipando la aparición de un movimiento reivindicativo de amplitud nacional, ha precipitado la formación de la CNPI para poder controlar mejor la dirección, lo cual por cierto no ha favorecido el surgimiento de una problemática de conjunto. A pesar de todo, ha aparecido un fenómeno nuevo, como una ola de fondo, irreversible: una población autóctona en pleno crecimiento demográfico toma conciencia, poco a poco, de su existencia, al mismo tiempo que de su fuerza. Sus acciones puntuales desembocan sobre la reclamación de un control mayor de sus condiciones de existencia, de su medio, de la transmisión de sus culturas.

#### RESUMEN

Semejantes a los treinta millones de autóctonos con que América Latina cuenta hoy día, los indígenas de México viven en condiciones en extremo variadas. Esta variación no puede dejar de tener un impacto sobre la viabilidad de los proyectos alternativos de sociedad que elaboran los nuevos movimientos indígenas. La etnografía revela no sólo contrastes regionales marcados, sino también los importantes cambios que recientemente han aparecido en la definición de indianidad.

*Traducido por Rosa Cusminsky*

<sup>8</sup> Véanse las Actas del Congreso en *Recherches Amerindiennes au Quebec*, XI, 1, 1981: 6-12.

## BIBLIOGRAFÍA

- Barre, M. C.: (1982), "Políticas indigenistas y reivindicaciones indias en América Latina 1940-1980", en Bonfil-Batalla *et al.*, *América Latina: etnodesarrollo y etnocidio*, San José, FLACSO, 1982.
- Bonfil-Batalla, G. (ed.): (1981), *Utopía y revolución*, México, Nueva Imagen.
- Bonfil-Batalla, G. (ed.): (1981a), "Utopía y revolución: el pensamiento contemporáneo de los indios de América Latina", en G. Bonfil-Batalla (ed.), 1981.
- Bonfil-Batalla, G. *et al.*: (1982), *América Latina: etnodesarrollo y etnocidio*, San José, FLACSO.
- Carpentier, A.: (1969), *Los pasos perdidos*, La Habana, Unión Nacional de Escritores y Artistas Cubanos.
- Consejo Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI): (1981a), *Carta de Pátzcuaro* (1975), en G. Bonfil-Batalla (ed.), 1981.
- Consejo Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI): (1981b), "Discurso de clausura del Tercer Congreso Nacional de Pueblos Indígenas" (1979), en G. Bonfil-Batalla (ed.), 1981.
- Consejo Nacional de Pueblos Indígenas (CNPI): (1981c), "Declaración del Consejo Nacional de Pueblos Indígenas sobre la Nueva Ley de Fomento Agropecuario", en *Boletín Informativo* (Agencia Latino-Americana de Información), núm. 5.
- Deverre, C.: (1980), *Indies ou paysans?*, París, Le Sycomore.
- Díaz-Polanco, H.: (1978), "Indigenismo, populismo y marxismo", en *Nueva Antropología*, vol. 3, núm. 9.
- Díaz-Polanco, H. *et al.*: (1979), *Indigenismo, modernización y marginalidad. Una revisión crítica*, México, Juan Pablos.
- Favre, H.: (1982), "Capitalisme et ethnicité: la politique indigéniste au Pérou", en GRAL (1982).
- Groupe de Recherches sur L'Amérique Latine (GRAL): (1982), *Indianité, ethnocide, indigénisme en Amérique Latine*, París y Toulouse, Ediciones del CNRS.
- Jaulin, R.: (1970), *La pax blanche*, París, Seuil.
- Labrousse, A.: (1985), *Le réveil indien en Amérique Latine*, París, Favre.
- León-Portilla, M.: (1965), *Le crépuscule des Aztèques. Récits indigènes de la Conquête*, París, Casterman.
- Marino-Flores, A.: (1967), "Indian population and its identification", en R. Wauchope (ed.), *Handbook of Middle American Indians*, vol. 6, Austin, University of Texas Press.
- Morin, F.: (1982), "Indien, indigénisme, indianité", en GRAL (1982).
- Olivera de Vásquez, M. y B. Sánchez: (1965), *Distribución actual de las*

- lenguas indígenas de México, 1964*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Recherches Amérindiennes au Québec: (1981), *Luttes indiennes en Amérique Latine*, vol. XI, núm. 1.
- Ribeiro, D.: (1979), *Les frontières indigènes de la civilisation*, París, Union Générale d'Éditions.
- Secretaría General de Programación y Presupuesto: (1984), *X Censo General de Población y Vivienda*, México, Gobierno mexicano.
- Varese, S.: (1975), "Les communautés tribales de la forêt dans la nouvelle politique péruvienne", en J. Copans (ed.), *Anthropologie et impérialisme*, París, Maspero.
- Varese, S.: (1982), "Restoring multiplicity: indianities and the civilizing projet in Latin America", en *Latin American Perspectives*, vol. 9, núm. 2.
- Wachtel, N.: (1971), *La vision des vaincus*, París, Gallimard.
- Warman, A. et al.: (1970), *De eso que llaman antropología mexicana*, México, Nuestro Tiempo.
- Varios autores: (1972), *De l'ethnocide*, París, Union Générale d'Éditions.